

MARÍA, APOYO DE LA IGLESIA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Como ya dijimos anteriormente, el mensaje de la Santísima Virgen en Le Puy – al menos según es recordado por el P. Colin – consta de dos partes. En la primera María dice que Ella fue el apoyo de la Iglesia naciente; pero lo que transmite no acaba ahí. Inmediatamente nos proyecta hacia el futuro, que es donde se sitúa el peso real de la frase: *“La Virgen Santísima ha dicho: yo he sido el apoyo de la iglesia naciente; lo seré asimismo en los últimos tiempos: Mi regazo estará abierto para cuantos quieran acogerse a él”* (HF 4, 1).

Ahí, en la segunda sentencia, es donde está el punto central de la máxima, pues si se dice que *“esas palabras presidieron los primeros comienzos de la Sociedad”* (HF 4, 2) no fue tanto para conservar un recuerdo de los orígenes del cristianismo cuanto para que estemos dispuestos a acoger la intervención de María en el futuro y a colaborar con ella. En esa dirección habla el P. Colin cuando dice en HF 116, 7: *“Señores, ¿no les parece un gran misterio que Nuestro Señor dejase a la Sma. Virgen en la tierra después de la Ascensión? Es que los apóstoles la necesitaban para que orientara y fuera, en cierto modo, la fundadora de la Iglesia. Al fin del mundo, su protección resplandecerá de modo aún más extraordinario. Los apóstoles tuvieron sus motivos para no divulgarlo, pero la presencia de María se hará sentir mucho más al final que a los comienzos”*.

María hará aún más al final que al comienzo porque se necesitará más. Cito HF 117, 3 (1846):

“Y la Virgen Santísima, que hizo entonces (en la iglesia primera) cosas tan grandes, las hará mayores todavía al final de los tiempos. Porque el género humano se hallará más enfermo”. En realidad el género humano ya está enfermo. HF 152, 1: *“hay que admitir que los tiempos que vivimos son muy malos y que la humanidad se halla realmente enferma. Al final de los tiempos va a estar necesitada de una asistencia especial, y va a ser la Sma. Virgen la que se la va a proporcionar”*. “Los tiempos que vivimos son muy malos...”, parece claro que Colin está citando Efesios 5, 16: *“corren días malos”*. Nos hallamos en el año 1848 y los eventos de la época – los estallidos de la revolución en Francia y otros lugares – parecen justificar la cita paulina. Pero el Fundador vivía siempre con el sentimiento

más o menos permanente de que los tiempos eran malos, tan malos que el final podía estar cerca. Mas nótese que, expresado en el juego verbal, en Colin se encuentra a la vez un cierto espacio entre los tiempos presentes, por muy malos que sean, y el final de los tiempos, que está aún por llegar: la humanidad *está* realmente enferma; al final de los tiempos *tendrá* necesidad de una ayuda mayor.

Es bastante verosímil que Juan Claudio Colin creyera que el final de los tiempos estaba próximo. El día veinticinco de septiembre de mil ochocientos cuarenta y cuatro Mayet le decía (HF, 4, 2): *“Parece que los prodigios tan frecuentes que está realizando la Virgen presagian el fin del mundo, porque ordinariamente la devoción a María es el último recurso que emplea la Providencia cuando quiere que un pecador vuelva al buen camino”*. Conocemos ya la respuesta de Colin: *“Yo he sido el apoyo de la Iglesia naciente; lo seré también al final de los tiempos...esas palabras presidieron los primeros comienzos de la Sociedad”*.

Pero cuando se dirige a los maristas se expresa con su prudencia habitual (HF 160,7): *“Los tiempos son malos (1848) pero María, que consoló, protegió y salvó a la iglesia naciente, la salvará también en los últimos tiempos – aunque sé que lo serán bien pronto para nosotros – pero cuando se han meditado estas palabras, “creéis que cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará un poco de fe en el mundo (Lc 18, 8), se ve tan poca, tan poca fe en nuestros días que no se puede evitar temerlo”*

Dicho de otro modo, cuando contempla la situación actual, el Fundador piensa espontáneamente en la expresión de la carta a los Efesios, vista anteriormente, y en las palabras de Lucas 18, 8, y llega a la deducción de que estamos entrando en los últimos tiempos. Sin embargo no quiere “asegurar” que hayan llegado ya los últimos tiempos aunque pueden llegar muy pronto. En cualquier caso, su objetivo no es anunciar el fin del mundo sino, más bien, declarar cuál será el rol de María en el final.

El rol de María y también el de los maristas, como instrumentos suyos que somos. En el mismo número de HF, continúa diciendo: *“María se ha de servir de nosotros sus hijos. Hagámonos, pues, dignos de ello. Por nosotros luchará Ella contra el demonio y contra el mundo, y sirviéndose de nosotros vencerá, si por la pureza de nuestra vida y por la inocencia de nuestras almas nos hallamos en disposición de merecer sus gracias y sus favores.*

Jean Coste comenta más de una vez esos sentimientos de Colin, especialmente en “María en la iglesia naciente y al final de los tiempos: *Analyse, FN 3,3 (1996) 225-244*. Según Coste, el pensamiento de Colin sobre la iglesia naciente y sobre el final de los tiempos ‘no parece depender sistemática y exclusivamente de las fórmulas ‘yo fui el apoyo... etc’; y en la página 243: “Si la fórmula es de Courveille, el contenido es de Colin y

coincide con lo mejor de su intuición apostólica”. El pensamiento de Colin sobre el final de los tiempos es resumido por Coste en cinco puntos:

1. El rol de María (p. 235): la convicción de que María salvará a la iglesia en los últimos tiempos (HF 160, 7) y de que hará *más* al final que en los comienzos (HF 116,7) porque la iglesia tendrá más necesidad-

2. El rol de la Sociedad de María (p. 236): “A esa persuasión se añade otra inmediatamente: ese rol especial que tiene que desempeñar María al final de los tiempos está previsto también para la Sociedad que ella ha elegido y que lleva su nombre (así en HF 143, 2; 160, 7)

3. ¿Qué entiende Colin por “fin de los tiempos”?

Una serie de declaraciones de Colin nos presenta el fin como una realidad aún por llegar, pero que está próxima. El fundamento de dicha convicción está claramente indicado. Se halla en la confrontación entre lo que el fundador puede ver con sus propios ojos y dos textos evangélicos que hablan del final: Lucas 18,8 (*poca fe*) y Mateo 24,24 (*los falsos mesías y falsos profetas que anuncian grandes signos y portentos, para engañar – si fuera posible – incluso a los elegidos*): páginas 237-238.

Por el contrario, el P. Colin no cuenta los días. Coste cita al P. David (OM 886,2): “*En cuanto a la fecha, más o menos próxima, de esos grandes acontecimientos, nunca entendí que hubiera recibido luces particulares*”. Coste habla de las resistencias de Colin a la aceptación de “el secreto” de La Salette relativo al fin del mundo, y concluye: “el P. Colin se expresaba según los casos muy libremente, sin referencia a cálculo fijo alguno” (p. 239)

Según otras expresiones del Fundador, estamos ya en los últimos tiempos. Coste comenta con gran sensatez: “dicho de otro modo, si por un lado el final de los tiempos aún está por llegar, por el otro ya está aquí. En este punto no se puede dejar de pensar en lo que encontraba Colin sobre el Reino de Dios en el Nuevo Testamento: que está próximo y que ya está aquí” (p. 240)

4. El final de los tiempos proporciona una clave de lectura de un tiempo determinado (pp. 240-241): “La referencia escatológica, liberada así de todo cálculo gratuito sobre el futuro, es básicamente una clave para leer los tiempos que vivimos, una invitación a no asentarse en ellos y a sentir toda su precariedad. En esa línea se han de leer las numerosas palabras de Colin que relacionan sus días con el final de los tiempos”

5. El nombre de la Sociedad de María ha sido reservado para los últimos tiempos (cf. HF 118,2; pp. 241-242)

2.- La escatología de Juan Claudio Colin

Colin encuentra signos plausibles del final en los acontecimientos de su propia época: la “*poca fe*” que se ve en la tierra, las intervenciones de María... pero no insiste en ello. Su intención no es la de anunciar el final

repentino del mundo, aunque fuera para precipitar conversiones, sino la de preparar a la iglesia para el final de los tiempos. Además, no evoca una intervención de María al final de los tiempos para proteger la fe de los fieles de los efectos de una catástrofe universal, sino para “apoyar y sostener” a la iglesia como había hecho al principio. En última instancia, Colin pone el acento no en el miedo sino en el aliento.

Entiendo que la escatología de Juan Claudio Colin haya incomodado a más de un marista, y eso ya desde la segunda generación que no compartía los entusiasmos de los primeros aspirantes. Podemos sentirnos incomodados por tres razones. Ahí esta, primero, la incomodidad que oprime el ánimo del cristiano moderno que no quiere oír hablar de la escatología, al menos fuera de un contexto histórico suficientemente lejano. Creían en ella en el siglo primero, hoy ya no; todo eso es fanatismo. El P. Edwin Keel – un padre marista que ha abordado el tema de la escatología de Colin – hace este sabio comentario: “Nuestro siglo veinte...ha dejado que hablen del final las voces de los fanáticos y de los ingenuos. Pero, irónicamente, es nuestro siglo el primero en el que el final inminente de la historia humana no resulta ser una metáfora sino una posibilidad concreta y demostrable” (*The work of Mary at the End of Time*. FN 1,4 (1991) 427-444, p. 431) De hecho, hoy abundan los escenarios en los que la historia humana acabaría con una gran explosión o con un lamento.

En otro artículo (*On Colin and the Telling of Time*, FN 3,3 (1996) 338-357) el P. Keel cita al teólogo J. B. Metz (p. 339): “Seguir a Cristo no es algo que se pueda vivir sin la idea de la parusía, sin esperar su segunda venida... Seguramente, los cristianos ofrecemos al mundo un espectáculo bien triste: gente que habla de la esperanza pero que, en realidad, no espera nada”.

El segundo motivo de incomodidad puede venir del rol que el P. Colin prevé para María al final de los tiempos: Incluso creyendo que el mundo camina hacia su fin, ¿se puede asignar un rol especial a María para ello? Jesús dijo que él vendría al final del mundo, ¿no parece, pues, innecesario y un tanto exagerado hablar de una intervención especial de María?

Y el tercer motivo que puede incomodarnos es la idea de asociar de modo especial la Sociedad de María al fin del mundo. ¿No es suficiente hacer el trabajo ‘bajo el nombre de María’ como para tener que pensar en la parusía?

Conocedor de dicha incomodidad y además compartiéndola, quiero no obstante aceptar el desafío de tomar en serio la escatología de Colín –y de la Biblia. Hay algo que ha de venir aún, una última intervención divina en la historia del mundo. Para hablar de ello, la Biblia se sirve de un lenguaje simbólico: juicio final. Victoria sobre el mal (o sobre el malvado), nueva creación. Esta última idea ocasionó las inquietantes imágenes del desmantelamiento de la creación (estrellas que caen, sol y luna que se

oscurecen...); sin embargo todo eso es prelude en la creación de “*un cielo nuevo y una tierra nueva*”. Por esa razón, a la catástrofe final se la puede llamar más bien una “eucatástrofe”, para emplear el neologismo acuñado por J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis. Así es como nos invita el Nuevo Testamento en el final de los tiempos: una catástrofe que se convierte inesperadamente en un final feliz tal cual aparece en 2 Pedro 2,6 y Lc 25-33. Según la revelación judeo-cristiana, esa “eucatástrofe” será el momento culminante de la historia humana. En cuanto al segundo y tercer motivo de incomodidad, Edwin Keel lanza esta provocativa pregunta: “si recuperásemos la fuerza escatológica de Colin ¿podríamos ofrecer una contribución marista crucial a la iglesia de nuestros días? Importante lección que aprender en el modo como habla Colin del final de los tiempos.

3. La parusía de Cristo

Un modo de adentrarse en el tema es considerar la Ascensión de Cristo (cf. *Approches bibliques*, FN 3,4 (1996) 544-554). Probablemente sea acertado decir que la Ascensión no ha ocupado mucho la atención de los exegetas y de los teólogos actuales. En general es considerada como un simple aspecto de la Resurrección de Nuestro Señor, algo así como la coda de un movimiento cuyos temas ya fueron expuestos y desarrollados. Por eso mismo es importante que fijemos la atención en el episodio de la Ascensión en el Nuevo Testamento, y ahí veremos que no es presentada como un suplemento de la Resurrección sino como su culminación: Jesús ha resucitado de entre los muertos y por eso puede ser exaltado y estar a la derecha del Padre.

El episodio de la Ascensión sólo aparece en Lucas, aunque implícitamente se haga mención del mismo en otros lugares del Nuevo Testamento, especialmente en Juan 20, 17. San Lucas narra la Ascensión dos veces: al final de su evangelio y al comienzo de los Hechos de los Apóstoles. En los dos casos lo describe de manera algo diferente, señalando aspectos distintos del sentido del evento. Veremos el relato de los Hechos, en el que la Ascensión está esencialmente ligada a la parusía de Jesús, su vuelta al final de los tiempos.

Hechos 1, 6-12 comienza con una pregunta de los discípulos a Jesús: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino para Israel?”. Es una pregunta que manifiesta la expectación de numerosos judíos: Dios estaba a punto de hacer surgir un liberador para restaurar la independencia de Israel. Los discípulos esperaban que fuera Él el elegido por Dios, pero su muerte en la cruz parecía haber acabado con sus esperanzas (cf. Lc. 24, 19-21) Ahora, al salir de la tumba, Jesús ha demostrado que a pesar de todo él es el enviado de Dios, y por tanto debe ser el liberador esperado. ¿Es ahora cuando va a realizar la gran tarea de la liberación nacional? Jesús no responde directamente la pregunta, pero les contesta diciéndoles que no les

toca a ellos conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha reservado a su autoridad. Después orienta la atención de los discípulos hacia algo que les ocurrirá muy pronto –la venida del Espíritu Santo – y hacia la tarea que les espera. Y “dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube lo ocultó a sus ojos”.

Cualquiera que esté familiarizado con el Antiguo Testamento, al leer o escuchar el relato de la Ascensión se acordará irresistiblemente de otro personaje que fue subido al cielo: el profeta Elías, el relato de cuya ascensión o asunción que figura en el 2º libro de los Reyes (2, 1-18) se halla en el trasfondo del relato de los Hechos. El paralelismo existente aparece con claridad en la estructura general de ambos relatos y hasta en la cita directa de la expresión griega de la versión de los Setenta, “*fue llevado al cielo*”. En los Hechos se presenta a Jesús como un nuevo Elías (en otro lugar del N. T. se dice eso mismo de Juan Bautista, pero por otro motivo). Los judíos de tiempos de Jesús creían que Elías iba a volver a la tierra para preparar el pueblo de Dios para el día final. Esa esperanza aparece escrita en Malaquías 3, 23-24 – son las últimas palabras del Antiguo Testamento en “nuestras” Biblias – : “*Recordad: he aquí que yo les envío el profeta Elías antes que llegue el día de Yahvé, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos y el de los hijos a los padres; no sea que venga yo a exterminar la tierra*”. En otras palabras, la tarea de Elías en la preparación del día del Señor es una tarea de reconciliación y de restauración de la unidad y la paz. Es muy significativo que en el relato de la Ascensión de Hechos 1, 10-11 dos hombres vestidos de blanco (unos ángeles) digan a los apóstoles que estaban mirando: “*este Jesús que os ha sido llevado al cielo vendrá así tal como lo habéis visto subir al cielo*”.

Así pues, Jesús – como Elías – ha sido llevado al cielo, de donde volverá a preparar al pueblo de Dios para el día del Señor. Es la misma esperanza de la que habla Pedro en Hechos 3,19-21: “*Arrepiéntanse, pues, y conviértanse para que sus pecados sean borrados, a fin de que el Señor venga en tiempo de la consolación y envíe al Cristo que les ha destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal...*” En el pensamiento de Pedro, la Ascensión de Jesús está orientada a su vuelta: ha sido llevado al cielo precisamente para quedar allí como en reserva – por decirlo de alguna manera – hasta el momento destinado por Dios, en el que lo enviará como Mesías para restaurar todas las cosas. De acuerdo con la lógica implícita en la referencia a la vuelta de Elías, esa “restauración” concierne esencialmente a la restauración de la unión de los hombres entre sí y con Dios.

4. María al final de los tiempos

¿Y María? ¿De qué modo será María el “apoyo” de la iglesia en los últimos días? Serge Boulgakov es un teólogo ruso ortodoxo que se

aproxima a la idea coliniana sobre la intervención especial de María al final de los tiempos (Cf. *Approches bibliques*, p. 545).

En su obra, publicada en francés con el título de *L'épouse de l'agneau*, Boulgakov no duda en utilizar la expresión “parusía marial” que, según él, no llegará más tarde que la de Jesús, y quizás antes: “Habiendo quedado sola en el mundo, por así decir, después de la Ascensión, sin su Hijo, la Madre podría sola anticipar incluso su vuelta si es que fuera necesario para la humanidad, que tiene necesidad de ver su cara, que le enternece el corazón”. Las apariciones marianas son para Boulgakov prueba de su constante presencia en el mundo. Y continúa: “En virtud de ese acercamiento general del cielo y de la tierra, que precede a la Parusía, es concebible que se dé una manifestación particular de la Madre de Dios previa al Advenimiento”. Y el autor evoca entonces la visión del Apocalipsis (21-22): “Y el ángel me dijo: ‘ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero’. Y me trasladó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios”. Y Boulgakov prosigue: “¿No habla ese lenguaje simbólico, utilizado por el Vidente de los misterios, de la aparición en el mundo de la Novia neumatófora que allana los caminos del Señor?” Quisiera que se fijaran en cómo aplica Boulgakov a María la imagen de la ciudad de Dios que baja del cielo (Apoc. 21), imagen que juega un papel determinante en el pensamiento de María de Ágreda y que da título a su obra.

Aunque Boulgakov admite que la Escritura no dice nada de la participación de María en la parusía de Cristo, cita el testimonio de la tradición sobre el juicio final de la iconografía rusa y bizantina, en la que aparece siempre María a la derecha del su Hijo. (Se podría decir lo mismo de la iconografía occidental).

En el artículo sobre “María en la iglesia naciente y al final de los tiempos” (*Acta SM*, 6, p. 188), el P. Coste expone su punto de vista diciendo que “las reflexiones contemporáneas sobre María y la Iglesia posiblemente alcancen su plena madurez cuando, a la luz del dogma (de la Asunción) y de las nuevas perspectivas de la teología bíblica, se haya sabido extraer con claridad las repercusiones escatológicas de la misión única de la Virgen en el plan de Dios”. Propongo que recojamos esa apreciación del P. Coste, tratando de comprender la Asunción de María a la luz del relato de la Ascensión de Jesús en Hechos. Al considerar el paralelismo entre esos dos eventos, se llega a la conclusión siguiente: si María – como Jesús – es llevada al cielo es para que – como Jesús – vuelva del cielo al final de los tiempos para preparar el pueblo de Dios para la llegada del día del Señor. No es ésta, lo confieso, la manera habitual de concebir el dogma de la Asunción; sin embargo creo que es un modo legítimo de interpretar “las repercusiones escatológicas de la misión única

de la Virgen el en plan de Dios” Eso concuerda con las intuiciones de Juan Colin y de Serge Boulgakov sobre el rol de María al final de los tiempos.

Si la Asunción de María, comprendida a la luz de Hechos 1, 6-12, nos autoriza a hablar de “parusía marial”, ¿qué más podemos decir sobre el retorno de María? Cuando María vuelva ¿qué hará? Recordemos que, según la profecía de Malaquías, Elías, el prototipo de Jesús ascendido y de María asunta a los cielos, vendrá antes del “día del Señor”. Para preparar al pueblo a la llegada del Señor y para apartar la maldición divina, Elías “inclinara el corazón de los padres hacia los hijos y el de los hijos hacia los padres”. Podemos deducir, por tanto, que a su vez el rol de María consistiría en reconciliar a los hijos de Dios entre sí, de modo que sean de verdad la familia de Dios.

5. Búsqueda del tiempo presente

Pasado y futuro... ¿y qué pasa con el presente? Hemos visto la iglesia naciente y la iglesia de los últimos tiempos. ¿Cómo habremos de contemplar, según la visión de Juan Claudio Colin, el momento actual de la historia que estamos viviendo?

Comentando las palabras de la Virgen María en Le Puy, Edwin Keel hace la siguiente observación (*The work of Mary at the End of Time*, FN 1,4 (1991) 427-444): “Lo problemático de las palabras que estamos interpretando deriva de que en ellas no figura el tiempo presente: sólo se hace referencia al pasado de la iglesia naciente y al futuro del final de los tiempos. Por lo tanto, es una frase dirigida a gente que no se encuentra en ninguno de esos dos términos sino en algún punto intermedio. Nos asalta la tentación de resolver la aparente anomalía reduciendo “el final de los tiempos” a “nuestro tiempo”, como si para la Virgen se tratase simplemente de estar presente ahora, en el tiempo presente; o bien la tentación de completar el texto insertando en él el presente: “María fue el apoyo de la iglesia naciente, es hoy su apoyo, y lo será al final de los tiempos”. Pero esa interpretación hace del texto una meditación sobre la actividad constante de María en la Iglesia, debilita el carácter profético de su intervención en ese momento particular de la historia y reduce el ‘final de los tiempos’ a un simple límite temporal y a la conclusión de la actividad incesante de María a favor del pueblo de Dios en este mundo.

Indudablemente, resulta tentador, siguiendo el sistema de las tres partes, situarnos nosotros mismos en el presente como punto intermedio entre el pasado y el futuro. Así la obra de María en la Iglesia de nuestros días aparece como la continuación de lo que hizo en los comienzos y prometió continuar hasta el final: fue el apoyo de la iglesia naciente y lo será al final de los tiempos; por lo tanto María es aquí y ahora el apoyo de la iglesia y se sirve de los maristas para realizar su obra. Eso es lo que vino a decir el Capítulo General de 1969-70, poco más o menos, sobre el

<<misterio de María y la Iglesia >> en la declaración “*Los maristas y el mundo de hoy*” (nº 127): “*María se halla presente en la Iglesia naciente: es su aliento y su sostén aunque no ocupe ningún cargo importante y permanezca oculta. Esta presencia, discreta y eficaz, ha hecho descubrir al P. Colin el puesto que podría ocupar en la Iglesia, sobretudo en momentos de crisis, una Sociedad que llevase el nombre de María*”. El mismo número, unas líneas más abajo, continuaba diciendo: “*El Vaticano II ha realizado una toma de conciencia análoga, a nivel teológico y para toda la Iglesia, cuando presenta a ésta penetrando en el misterio de su ser y de su misión con la mirada puesta en María, su Tipo y su Modelo*”

En ese texto – de un interés innegable – ha desaparecido la referencia propiamente escatológica; o, más bien, se ha visto traducida por la referencia a “los momentos de crisis”. De manera similar, las Constituciones actuales (nº 5) hablan del “*deseo de María de ser en ellos el apoyo de la Iglesia en estos tiempos de incertidumbre, como lo ha sido constantemente desde los días de Pentecostés*”.

En cambio, para el P. Colin la historia no acontece en tres momentos –pasado, presente y futuro – sino solamente en dos: el pasado y el futuro-ya-iniciándose. Posiblemente, para el P. Colin sólo se da “el tiempo caminando hacia el fin” ya que el final será como el comienzo, y la utopía de la iglesia naciente se afana por convertirse en realidad en la parusía. Un excelente poeta anglo-americano el siglo veinte lo decía:

“Tiempo presente y tiempo pasado
quizás estén los dos presentes en el futuro,
y el tiempo futuro encerrado en el pasado, (T. S. Eliot, *Burn Norton*)

Es propio del P. Colin “leer” su siglo no sólo como tiempo de crisis, sino como ‘últimos tiempos’. Evidentemente, hemos de decir que él no pensaba (o, en todo caso, no era su pensamiento habitual y característico) que el mundo hubiera de acabar necesariamente enseguida (¡aunque sí veía señales de proximidad del final hacia el año 1848!). Tal como muy bien señaló el P. Coste, ocurre en él algo así como en la escatología del Nuevo Testamento: el reino de Dios *está próximo*, aunque *ya está aquí*, si bien *aún no ha llegado*. Igualmente, para Colin lo “próximo” es más cercano a lo que “ya está aquí”, aunque no se sepa “el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad (Hechos 1, 7). En otras palabra, si María está actuando ahora en la Iglesia, si –como le dijo al joven Juan Claudio Courveille en Le Puy – “*lo que yo quiero y la voluntad de mi Hijo ... es que en estos últimos tiempos ... haya una Sociedad consagrada a mí, que lleve mi nombre*” (OM 718,5), es porque quiere “el apoyo de la iglesia al final de los tiempos” (así es como “entendió Colin las palabras que recordaba Courveille referentes a “estos últimos tiempos de impiedad y de incredulidad”).

Colin se sitúa en la línea clásica del Nuevo Testamento, según la cual de lo que se trata es de vivir *ahora* como si se viviera en los últimos tiempos, sin pensar necesariamente que, de acuerdo con el sentido literal de las palabras, ya se está en ellos. Es el caso de San Pablo, que puede decir a los cristianos de Corinto (1 Cor. 7,29-31): “*Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa*”. Pero el apóstol no prohíbe a sus discípulos casarse a tener hijos bajo el pretexto de que el mundo se acabará muy pronto. Los cristianos continúan comprando y vendiendo, trabajando, cuidando sus negocios. No obstante, vivir como cristiano es vivir como se tendrá que vivir en los últimos tiempos, conforma a los valores que permanecerán entonces como verdaderos. Y así es como se vive en marista – con la seguridad de que María es apoya para la iglesia.

6. Así pues, ¿qué hemos de hacer?

Entonces, ¿qué hemos de hacer en este tiempo que va avanzando hacia el fin? ¿Cuál es la labor que nos corresponde a nosotros, maristas, como instrumentos de la Santísima Virgen, y por lo tanto de la misericordia divina? ¿Cuál es nuestra misión? ¿O lo que hemos de hacer es, simplemente, esperar sentados la llegada del final de los tiempos?

Hemos visto ya la unión estructural que existe entre el comienzo y el final en el pensamiento del P. Colin, tanto que no habla jamás del uno sin el otro: María será el apoyo de la Iglesia al final de los tiempos como lo fue al comienzo en la iglesia naciente, e incluso su apoyo será mayor. Ya vimos que, como se sugiere en Hechos 1,14, el rol de María en la iglesia naciente consistió sobretodo en reconciliar y unir a los grupos, carentes de armonía, que formaban la iglesia. Y si hacemos nuestra la línea de Malaquías 3, 23-24, el rol de María al final de los tiempos consistirá en reconciliar y unir a la familia de Dios. Reconciliación y unidad tanto al principio como al final. El P. Colin no cesaba de repetir a los maristas que su único modelo tenía que ser y era la iglesia naciente. Y de todos los rasgos de la iglesia naciente trazados por Lucas en Hechos, el P. Colin ponía el acento por encima de todos los demás en la conocida fórmula del *cor unum et anima una*. (Hech. 4,32)

Como los fieles primeros de Hechos 4, 32, los maristas deben ser “un solo corazón y una sola alma”. Estamos llamados no solo a imitar a la iglesia naciente, sino también a reproducir esa misma unión de corazón y de alma en la iglesia del futuro, “*de modo que* – citando el Summarium Regularum Societatis Mariae de 1833 – *al final de los tiempos, igual que al principio con la ayuda de Dios todos los fieles sean ‘cor unum et anima*

*una' en el seno de la misma iglesia romana, y caminando de una manera digna de Dios, guiados por María, puedan alcanzar la vida eterna". Coste comenta (Analyse, FN 3,3 p. 230): "[en este texto] que viene sin duda de la regla de Cerdon ... Colin hace del *cor unum* el rasgo que caracterizará al pueblo de los últimos días como lo hizo a los comienzos".*

¿Cuál es, pues, la misión de la Sociedad de María? El P. Colin no da la respuesta a tal pregunta. En sus tiempos la palabra "misión" no tenía el mismo significado que le damos nosotros ahora; él habla del "fin", "objetivo" o "finalidad" de la Sociedad, pro no de su "misión". Basándonos en lo que hemos visto, yo diría que nuestra misión es reconciliar y unir la familia de Dios para preparar su venida. Los maristas están llamados a participar en la obra de María, siendo el apoyo de la iglesia al final de los tiempos como Ella lo fue en la iglesia naciente. Si estoy en lo cierto, eso podría darnos orientaciones claras para la elección de los apostolados ministeriales y de la perspectiva para llevarlos a cabo.

Desearía terminar diciendo que reconciliar y unir no es tarea fácil. Cuesta. A Jesús le costó la vida.